

DETERMINACIÓN PSÍQUICA Y TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO DE LAS AFECCIONES ORGÁNICAS¹.



Georg Groddeck

El 5 de junio entre las 12 y la 1 me invadió en pleno trabajo una gran fatiga que desapareció al poco rato. Por la tarde entre las 4 y las 5 enfermé de *disfagia*². El fondo del paladar, el velo del paladar y la campanilla estaban muy enrojecidos. En la noche del 5 al 6 de junio tuve un sueño muy agitado, lo que raras veces me pasa. El 6 de junio, un día de duro de trabajo, los dolores se intensificaron, el enrojecimiento se extendió y las amígdalas de ambos lados se inflamaron considerablemente.

El 7 de junio era fiesta. Por la mañana empecé a analizar mi sueño y el síntoma de la disfagia, y llegué a la conclusión de que mi ics³, mi Ello, rehusaba pasar el trago de reconocer algo que le era desagradable. Este algo tenía que ver con que ciertos descubrimientos sobre las relaciones entre el inconsciente del hombre y su vida no son de mi propiedad intelectual, como durante años había pensado, sino de la de Sigmund Freud. Sin duda mi mente consciente ya había sacado estas conclusiones, como se desprende de mi correspondencia con Freud. En el curso del análisis se pudo comprobar que capas profundas de mi ser se defendían contra estos pensamientos conscientes.

El 5 de junio entre las 12 y la 1, la hora en que me invadió la fatiga pasajera, había mantenido una corta entrevista con una dama llamada Dora. La palabra Dora, nombre que aparece en el *Análisis fragmentario de una histeria*⁴ de Freud, era el instrumento mediante el cual mi reconocimiento consciente de la prioridad de Freud había intentado adentrarse en mi interior, en mi inconsciente. El ics había utilizado como defensa la fatiga, que neutralizaba la palabra Dora con todas sus asociaciones.

A media tarde, entre las 4 y las 5, tuvo lugar la segunda tentativa para introducir el reconocimiento de esa prioridad en el inconsciente. Se produjo con motivo de una conversación sobre las hipotecas y las deudas. En el análisis las hipotecas llevaron a la histeria, y las deudas a la culpa⁵ y al estafador. El ics se defendía de la entrada de este segundo ataque, más violento, atajándolo mediante una dolorosa inflamación. Se había apoderado así de la palabra estafador y había elegido como bastión defensivo el paladar⁶, luego había reforzado su posición incluyendo la campanilla y las amígdalas en la inflamación, y finalmente había expresado su indignación en el sueño.

En la mañana del 7, la continuación del *análisis del síntoma* y del sueño, del que aquí no expongo más que sus resultados, condujo a que en el curso de una media hora de trabajo analítico desapareciese del todo la hinchazón de las amígdalas y casi del todo el enrojecimiento del paladar. Pero para mi asombro, al cabo de un rato se volvieron a inflamar violentamente, de tal manera que a media tarde la enfermedad había alcanzado otra vez la misma intensidad. Esta vez emprendí el análisis controlando la inflamación por

1.- Publicado por primera vez bajo el título *Psychische Bedingtheit und psychoanalytische Behandlung organischer Leiden*, en Hirzel, Leipzig, en 1917.

2.- Dificultad o imposibilidad para tragar.

3.- Abreviatura de Freud para inconsciente (nota de Groddeck).

4.- Freud, 1905a.

5.- En alemán, la misma palabra, 'Schuld', significa deuda y culpa.

6.- En alemán, 'Gauner' significa estafador y 'Gaumen' paladar.

medio de mi asistente. Antes de iniciar el tratamiento, las amígdalas, el paladar, etc., se examinaron y se exploraron con los dedos cuidadosamente. Sólo entonces procedí a la experiencia de asociación⁷. Entonces la inflamación disminuyó rápidamente y tras un cuarto de hora de análisis se redujo a un tenue trazo rojo en el paladar. Este resto también desapareció en el curso de la tarde.

¿Qué nuevos elementos había sacado a la luz el análisis? Se había puesto de manifiesto que la lucha entre lo consciente y lo inconsciente no giraba alrededor de Dora-Freud, sino alrededor de Charlotte-escarlatina⁸. Justo antes de conversar con Dora, había visto a una niña, Lotte, con un exantema⁹ que a primera vista había tomado por un exantema escarlatinoso. Esto permitió establecer que la fatiga repentina no había surgido con Dora, como creí al principio, sino que ya lo había hecho durante la pausa entre Lotte y ella.

La escarlatina ha jugado un papel fatídico en mi vida y en la de varios de mis parientes próximos; y me atormenta el fantasma de que pereceré un día por secuelas de esta enfermedad. La defensa del ics encaraba en primer lugar la idea de muerte Charlotte-escarlatina, estrechamente ligada al complejo de vanidad y de incapacidad Dora-Freud. El nudo de todo esto lo formaba la palabra deuda, que había salido varias veces en la conversación sobre las letras de cambio y las hipotecas en la tarde del 5 de junio. En la época en que pasé la escarlatina me invadió un vivo sentimiento de culpa¹⁰, que se alimentaba esencialmente de procesos sexuales de mi pubertad, como se puso de manifiesto claramente en el análisis. Evidentemente me quedaban restos de él, a pesar de que intelectualmente esté convencido desde hace tiempo de la inocencia de mis experiencias. Estos restos emergentes se han mezclado con el veneno psíquico del complejo Dora-Freud de una manera que me es bien conocida, y que se podría comparar con los procesos químicos *in statu nascendi*, y así han determinado el estallido y la singular remisión de la enfermedad tras la primera tentativa de tratamiento analítico.

Me gustaría completar esta sencilla historia clínica con algunas observaciones a considerar. Ante todo, ni la determinación psíquica de la enfermedad ni su curación bajo la influencia del psicoanálisis se derivan con certeza de este relato. Está claro que han participado otros factores en esta inflamación. No hay episodio en que la cadena de causas se pueda abarcar por completo. Sólo se pueden detallar los eslabones que más saltan a la vista. Cuando hablamos de las causas de una enfermedad o de tratamiento causal, debemos tener presente que eliminamos deliberadamente ese conocimiento mejor y puramente humano en provecho de una actividad médica. Debo abundar en la objeción de que mi interpretación parece proceder de un juego intelectual, un juego de palabras, pero que en realidad en ella han influido otras condiciones universalmente reconocidas por la ciencia. Pues hasta ahora no he dicho que trataba por entonces a una paciente que entre otras cosas se quejaba de dolores de garganta. Puede que ella me hubiese contagiado. Pero es poco probable. Conozco a esta mujer desde hace muchos años, cada dos semanas tiene estos ataques de disfagia, que para ella se convierten en un arma contra las dificultades de la vida. Estos ataques raramente muestran síntomas inflamatorios; en cualquier caso esta vez no eran apreciables ni enrojecimientos ni hinchazón.

Si a pesar de todo suponemos que mi enfermedad se deriva de un contagio, esto no hace más que desplazar y ampliar el problema. Pues entonces habrá que preguntarse si el hombre puede contagiarse debido a procesos que se desarrollan entre su cc¹¹ y su ics, cuestión a la que yo respondo afirmativamente.

Así como el Ello, por el cual es vivido el hombre, transforma continuamente la secreción de los jugos digestivos, la circulación de la sangre, la actividad cardiaca, en resumen, toda la vida orgánica de la persona, en respuesta a ciertas impresiones sensoriales o a ciertas asociaciones de ideas inconscientes, o como ese Ello se protege de mil maneras contra la amenaza de los ataques químicos, mecánicos y bacterianos, asimismo también cuando una enfermedad le parece oportuna es capaz de producir las condiciones que activan el germen patógeno.

7.- Ver los estudios sobre la asociación de C. G. Jung de los años 1904-1909.

8.- En alemán 'Scharlach'.

9.- Erupción de la piel de color rojo.

10.- Recuérdese que 'Schuld' significa tanto deuda como culpa.

11.- Abreviatura de Freud y Groddeck para consciente.

Considero que es un error fundamental y peligroso suponer que sólo el histérico posee el don de enfermar con un propósito determinado. Todo hombre posee esta facultad, y cada uno la usa con una amplitud tan difícil de imaginar. El histérico, y en menor medida el neurótico¹², fuerza al observador más a menudo que otros enfermos a pensar que la enfermedad tiene que ver con intenciones inconscientes. El mismo observador también tiene esos curiosos pensamientos que nos son fáciles de explicar. Sin embargo, quien se interna más profundamente en las intrincadas formas de la vida psíquica enseguida se da cuenta de que las intenciones aparentemente conscientes no son más que retoños de las fuerzas inconscientes, que los síntomas provocados por el histérico no derivan de ninguna manera de sus presuntas intenciones, sino que al igual que en las demás personas provienen de decisiones profundamente ocultas del Ello desconocido. Se puede decir que a menudo es más fácil hacer aparecer fragmentos de procesos inconscientes similares en las personas no neuróticas que en las histéricas, cuya máscara es más difícil que caiga, porque se avergüenzan y desconfían de sí mismas.

Al examinar la cuestión de la aptitud para enfermar, de las disposiciones individuales, locales y temporales en este caso de inflamación de la garganta, enseguida se ilumina la cuestión de la *disposición personal*.

Por circunstancias particulares, el mismo día se han removido los complejos Dora-Freud y Charlotte-escarlatina; ambos contienen el sentimiento angustioso de impotencia. El sentimiento de impotencia acompaña a los seres humanos a lo largo de toda la vida. Mientras la idea de inferioridad se liga a la esperanza, estimula la vida, libera fuerzas espirituales y corporales, como en la ambición, la sed de saber o la aspiración a compensar capacidades deficientes. Si se le asocia la duda, o incluso la desesperanza, entonces la plenitud vital declina. El Ello en el hombre se agota, lo sume en el cansancio, en la fatiga, y a medias para excusar el fracaso, a medias para ganar el tiempo necesario para reunir nuevas fuerzas, hace que enferme. Me bastará con referir aquí las conocidas transferencias del sentimiento de inferioridad¹³ de lo psíquico a lo físico, que cotidianamente se manifiestan fisiológica y patológicamente en debilidad muscular o en problemas digestivos en las depresiones, en alteraciones de la respiración y la circulación, y sobre todo en la disminución de la potencia sexual. En mi caso se trata de la idea de ser inferior a Freud, reprimida a todo trance el menos durante ocho años, pero justo en el momento de la inflamación de garganta la decisión era inminente. El fantasma de la escarlatina, con su cuestión de la impotencia que supone la muerte o la enfermedad crónica, me acompaña desde hace más de tres décadas; estaba y sigue estando reprimido en las capas más profundas, pero al ser reanimado por la visión de un exantema escarlatinoso se ha hecho más nocivo.

Es verdad que estas palabras no aclaran la conexión interna entre la actividad inconsciente de mi Ello y la disposición temporal, pero bastan para hacerse una idea.

Así como he entresacado de la masa del Ello como activo en lo temporal el concepto de impotencia, sobre todo para señalar su valor universal y su importancia en todos los procesos de la vida, así también en el tema de la *disposición individual* querría llamar la atención sobre una propiedad del ics humano, del Ello, a la que podríamos llamar la ‘cautela del ics’; casi utilizaría la expresión ‘inteligencia del Ello’, ya que sus manifestaciones son similares sólo que superiores con mucho a las de la inteligencia consciente. El ics elige entre la infinidad de los fenómenos, se abre a lo que quiere admitir y se cierra a las impresiones y a sus consecuencias si las juzga nocivas. Me limitaré a citar a este respecto la actividad refleja de los párpados, de la conjuntiva y del iris. Menos notado, aunque ciertamente no menos notable, es el hecho de que infinidad de veces al día el Ello aparta de un objeto la cabeza, los ojos o el cuerpo, para evitar impresiones visuales; o reduce, momentánea o permanentemente, la agudeza perceptiva del ojo; o incluso reprime inmediatamente impresiones percibidas a capas profundas o superficiales del ics. Sólo una pequeñísima fracción de nuestras impresiones visuales llega a nuestro consciente. No podría ser de otro modo, sino se armaría un gran revuelo.

12.- Aunque Groddeck parece diferenciar histérico de neurótico, de hecho la histeria fue considerada por Freud como una de las formas clínicas de las psiconeurosis o neurosis. En todo caso lo que aquí quiere poner de relieve Groddeck es que hay que separar la noción de conversión de la histeria; los procesos de conversión los utilizamos habitualmente todos los seres humanos.

13.- Ver Adler, 1907 y 1912.

Hasta ahora no se han podido conseguir pruebas contundentes de esto, pero no obstante su gran número compensa su falta de precisión, y me han mostrado que el ics descarta aquellas impresiones que despertarían recuerdos desagradables y revivirían combates que aún no han sido liquidados totalmente. La sensibilidad del Ello varía en las personas, hecho cuyas razones aún no están claras, aunque es de suponer que son trascendentales algunas conmociones que por lo general se sitúan en la primera infancia, a veces antes del nacimiento, quizás incluso antes de la concepción. Poco más o menos podemos imaginarnos la situación como si en un determinado momento hubiese ido a parar al ics un cuerpo extraño que hubiese producido a su alrededor inflamaciones. De modo que no sólo es doloroso el contacto con este fragmento sino también con todo lo que lo rodea. De la misma manera un complejo de alcance limitado al principio, puede extenderse paulatinamente y hacer hipersensible uno o varios órganos sensoriales. Lo anterior puede llevar fácilmente a la convicción de que el hombre no percibe, o lo hace erróneamente, los objetos que su Ello no soporta, aunque los tenga delante de sus narices. Si hay una sensibilidad ocular excesiva la forma más sencilla que tiene el Ello de defenderse es con la miopía, y en determinadas circunstancias incluso con la ceguera. Una vez atenuada esta excitabilidad insoportable -el mejor medio sin duda es el psicoanálisis- los grados de miopía disminuyen entonces de forma palpable. Una evidencia de la tendencia a la curación es que los miopes de vez en cuando perciben claramente objetos que en realidad, a juzgar por el grado de su miopía, no podrían captar de ningún modo. Es particularmente extraño el modo de proceder del Ello en los ancianos, frente a la muerte que se aproxima. Hace al ojo corto de vista, simbólicamente aleja todo, también la muerte, alarga la vida; así como, también para mantener la ilusión, vuelve los pasos de los ancianos más cortos, lo que les alarga el camino; y como acorta el sueño, para dilatar la duración de la vida.

Al igual que la cautela de Ello dirige los órganos sensoriales -pues lo dicho para la vista vale para el oído, el olfato, y sobretudo el tacto-, así esa misma cautela gobierna todas las manifestaciones de la vida. Hace el paso del ser humano seguro o taciturno, ligero o pesado, separa sus pies para dejar pasar algo por en medio fácilmente, o los adelanta para atacar, o los recoge para no pillarse los dedos en los lazos que tiende la vida. Este suspicaz Ello está en guardia constantemente en los márgenes de la vida cotidiana; y cuando el peligro del temperamento, de la pasión, del miedo, se hace demasiado grande le da al pie un sostén inseguro, le hace dar un paso en falso, lo retrasa mediante callos, durezas o ampollas; si es un soñador de audaz vuelo lo fija espasmódicamente al suelo o lo lanza atáxicamente al aire; hace los dedos de los pies prominentes y sensibles, doloridos; acumula sales en sus articulaciones y finalmente hace al hombre gotoso, lo inmoviliza por poco tiempo o para siempre.

Todo esto no tiene por qué ser así -la vida es demasiado polícroma para esto, las fuerzas que intervienen están atrapadas en misteriosas profundidades donde ningún ojo humano penetra-; no tiene por qué ser así, pero puede serlo, y muy a menudo lo es. De vez en cuando conseguimos lanzar una ojeada fugaz a la esencia del hombre, logramos tantear un poco alrededor de esa cosa que llamamos disposición, constitución. También de vez en cuando el ics es complaciente y cuando sus cargas y sus venenos internos se han sacado a la luz mediante la investigación y la reflexión, se han llevado al consciente y se han hecho inofensivos, responde con una mejoría, con una curación.

Este ics, en cuya esfera de influencia empezamos a penetrar, a partir del espermatozoide y del óvulo es capaz de crear continuamente hombres con ojos, orejas, pulmones, manos y cuello; ¿le va a ser tan difícil, o tal vez imposible, modelar el carácter psíquico y físico de su creación? Se modela el cuerpo, ¿no podría también por determinados motivos darle o quitarle determinadas disposiciones, del mismo modo que hace crecer y ajarse los senos, el pelo o la piel? De hecho crea esas disposiciones, hace que se produzca una transformación del corazón aquí, una de los pulmones allá. Y si prestamos oído a su voz, en lugar de estar sordos gracias a las opiniones preconcebidas que solemos llamar saber, puede que desentrañemos muchos misterios.

Para este ics, este Ello, la salud no es siempre el bien supremo, casi nunca lo es. Los antiguos imaginaban al poeta ciego, lo que da a entender que sus ojos tuvieran que mirar hacia dentro. Hefaiostos cojeaba, Wieland el herrero no podía desplazarse. El Ello encadena al hombre cuando es necesario, lo salva mediante la enfermedad de peligros más graves que lo que pueda serlo cualquier riesgo vital, lo obliga a realizar

ciertas actividades mediante ciertos achaques, como a permanecer en reposo mediante lesiones cardíacas o tuberculosis.

La pregunta para qué ha sido excluida durante demasiado tiempo de nuestra reflexión médica. A pesar de la mala fama de toda teleología, ya es hora de investigar con qué objetivo enferma un hombre de los pulmones o del corazón, por qué el Ello le hace consumirse o le impide subir escaleras, para qué le cierra el ano de manera que no puede expulsar, o impulsa la comida y la bebida por las tripas de manera que mil cosas que le parecen inocuas a la razón y nocivas al ics se desechen rápidamente. En ciertas circunstancias el Ello quiere que el hombre siga estando delgado y débil, o gordo. El Ello utiliza el hambre y la sed, la falta de apetito o las secreciones internas, para conseguir ciertos objetivos que a menudo se pueden investigar. El Ello influye casi como si razonara sobre la gordura, el crecimiento y el carácter. Es deber del médico indagar qué quiere expresar esta delgadez o esta tuberculosis, esta molesta obesidad, con sus peligros de apoplejía¹⁴, de degeneración adiposa del corazón y de la hidropesía¹⁵. El ics no habla sólo en sueños, también lo hace en gestos, en los frunces de la frente, o en los latidos del corazón, pero asimismo habla en la pequeña advertencia de la diátesis¹⁶ al ácido úrico, la excitabilidad del simpático, el aspecto tísico, o, finalmente, también con la apremiante voz de la enfermedad.

De vez en cuando este lenguaje se deja entender. Ahí tenemos a un gordo, se dice que come demasiado o que bebe sin moderación. Quizás lo haga, quizás no. Al escudriñar su mente, puede que descubramos que tiene un vientre gordo porque como niño sufre el enigma de la procreación, porque anhela el embarazo y el parto, porque simbólicamente está continuamente embarazado, porque prácticamente cada comida, huevos, zanahorias, cerezas, leche, cerveza, ha originado en alguna ocasión en alguna capa de su ics la ilusión de que ahora un niño va a crecer en él. O fue una imagen, o un libro, o la religión, o un beso, o una irritación de garganta, lo que originó esta idea, y ahora se despierta de nuevo a medias constantemente, y un embarazo ilusorio sigue a otro. Quizás haya un vacío interior que pide ser llenado, quizás un Ello vulnerable y sensible que necesita un grueso caparazón. El que está siempre flaco, delgado, ¿no estará jugando sin saberlo a ser niño de pecho? Anhela el seno materno y adelgaza porque no se le ofrece, por más que a cada paso divisa los pechos que se le niegan. Quiere dar lástima, o bien castiga sin cesar desde su más temprana infancia a sus padres que lo han mortificado, o quizás a él, a su ics, la carne fofa le parece demasiado afeminada, etc.

Al observar la disposición individual del Ello se pueden elegir diferentes puntos de partida. He recalcado una propiedad del ics, la cautela, porque este proceder de nuestras fuerzas psíquicas más profundas es fácilmente detectable en mi vida. Con la capacidad de enfermar el sensible Ello se crea por así decir posiciones seguras, donde puede refugiarse. La enfermedad, aguda o crónica, infecciosa o no, procura reposo, protege del hiriente mundo exterior, o al menos de determinados fenómenos que son insoportables. Mi propia mente trabaja constantemente con tales lugares de refugio preparados mucho tiempo antes, en una época determinada de la infancia en la que fue estremecida en lo más profundo.

Con una herida aparentemente inocua en la rodilla, pero de la cual al mirar hacia atrás puede deducirse una debilidad, una vulnerabilidad jamás superada de mi pierna izquierda, la pierna del lado malo, comienza la transformación de mi persona física, acompañada de un cambio de carácter, que pasó de ser comunicativo a ser singularmente reservado. Así se obstaculizaba toda precipitación, apareciendo una compulsión a la prudencia. En el curso posterior de mi vida aparecieron síntomas de ciática y de gota con una deformación de la articulación, que durante décadas han hecho que me fuese imposible pasear, a veces y aparentemente sin propósito ni motivo alguno casi no me han dejado andar en absoluto. En los últimos años -y puedo decir que únicamente gracias al *auto análisis*- se ha dado una firme mejoría, que ha conducido no solo a la desaparición de los dolores sino que incluso ha devuelto los dedos de los pies que estaban muy desviados a su posición normal recta. No obstante, aún ahora puedo constatar singulares relaciones entre el dolor físico del

14.- Suspensión súbita y completa de la actividad cerebral, debida comúnmente a derrames sanguíneos en el encéfalo o las meninges.

15.- Derrame o acumulación anormal de humor seroso en una cavidad del cuerpo.

16.- Predisposición orgánica a contraer una determinada enfermedad.

proceso gotoso y la expectante precaución, que quiere evitar o al menos atenuar los conflictos psíquicos, lo que siempre me procura un placer como sólo puede dar la contemplación ligeramente irónica de uno mismo. Recuerdo entre otras cosas que hace un año trataba a una enferma que no me agradaba. Regularmente al ir a verla me dolía el pie izquierdo, y el dolor desaparecía tan pronto como terminaba las tareas que tenía señaladas, como si fuese una advertencia de no mostrar mi antipatía. Dicho sea de paso, en algunos casos de poliartritis y de artritis deformante he podido provocar experimentalmente empeoramientos y mejorías al remover y resolver complejos de represión.

En una época un poco más tardía, al cumplir los doce años, y de nuevo en conexión temporal y sin duda causal con estados emocionales particularmente importantes, se desencadenó una enfermedad aguda con fuertes subidas de temperatura, que se llamó a la antigua usanza una fiebre nerviosa. Me retuvo en la cama durante mucho tiempo y, lo que quería poner de relieve, con unos dolores de cabeza como jamás había tenido antes me sumió en un estado de embrutecimiento que impedía toda reflexión. En conexión con esto se constituyó una propensión a los dolores de cabeza, que sobre todo durante los primeros años de mi actividad médica llegaron hasta lo intolerable. También ha cesado ahora y, lo que es más significativo, han desaparecido las inflamaciones duras como huesos de las sienes y los músculos occipitales que durante décadas habían deformado mi cabeza.

La utilización de los dolores de cabeza para silenciar los pensamientos y los instintos pertenece a los medios más difundidos y más conocidos del ics. Las migrañas de las mujeres durante el periodo son el medio por el que su ics acalla su instinto sexual entonces incrementado pero imposible de satisfacer con arreglo a la moral. Los dolores lumbares del periodo, al paralizar el movimiento hacia delante de la pelvis que requiere el coito, ponen de manifiesto cuán singular y concienzudamente trabaja el Ello en ese momento. Habría más orden y más luz en la confusión y la oscuridad de las dolencias de la mujer si en cada caso particular decidiésemos investigar a fondo para qué aparecen estas dolencias. En ese caso no solo nos topáramos con los contextos determinados individualmente, sino que también aprenderíamos a conocer la fatal importancia de nuestra moral actual, que obliga sin excepción a la mujer a caer en la hipocresía y en una simulación irrealizable. El placer sexual le ha sido vedado al ser femenino mediante la educación; tan severamente vedado que la época moderna tiene la frigidez de la mujer como algo natural, mientras en el pasado nunca hubo la menor duda de que la mujer está más necesitada de sexo que el hombre. Así que el problema del descenso de la natalidad no necesita ninguno de esos complicados estudios para establecer sus causas, ya que cotidianamente se puede ver que la mujer embarazada se ve obligada a avergonzarse de su estado, que lo oculta, que la gente, sobre todo los niños, cuchichean sobre el embarazo a su espalda, y que el vecino, en el bar, dice que es una coneja. El ics acude en ayuda de la mujer martirizada absurdamente por el demonio de la hipocresía. Le procura vértigos, desvanecimientos, cardialgias, deformaciones del cuerpo, mal olor, leucorrea¹⁷, inflamaciones de los ovarios y de la matriz, hemorragias súbitas, y finalmente cáncer; así aleja las tentaciones, amedrenta a todo lo que excite el deseo. El climaterio, con su incremento temporal de la excitabilidad sexual en la mujer y en el hombre, es especialmente instructivo a este respecto, pero aún más instructiva es la pubertad.

La aparición de rasgos de carácter desagradables durante la edad del pavo y la disminución del rendimiento intelectual y de la atención no son las únicas defensas que el Ello establece para esta edad en la que la moral prohíbe el deseo, precisamente cuando la naturaleza lo intensifica con toda su fuerza. La deformación del cuerpo, incluso sin las habituales anemias y escoliosis¹⁸ y sin la tuberculosis, es tan marcada que es asombroso que no se comprenda su objetivo, sobre todo si se compara con las siluetas de chicas y chicos educados en épocas con menos prejuicios. Las manos frías y sudorosas no son ineficaces contra el hacer manitas adolescente, los labios hinchados hablan claramente contra el beso, y el acné, que es tan característico en la pubertad, espanta a los pretendientes demasiado próximos. Y todo esto, junto con las insensatas advertencias de padres, profesores y libros, pone en guardia contra un autoerotismo y una autosatisfacción inevitables e inofensivos.

17.- Flujo blanquecino de las vías genitales femeninas.

18.- Desviación de la columna con convexidad lateral.

¿Cabe explicar todos estos procesos de forma mecánica y química, puramente material? Material sí desde luego; pero desde luego no puramente material. Un mal de nuestra ciencia es haberse quedado en muchos aspectos anclada en un punto de vista materialista, ya relegado a un segundo plano en otras partes. Médico y enfermo, a cada cual mejor, se oponen a la idea de que el cuerpo sea dependiente del alma. Al enfermo le parece un afrenta que se le busque a su enfermedad corporal causas espirituales. Claro que el cuerpo es mucho más poderoso, y casi parece que hasta más noble que el alma. ¡Quien nos librara de esa estrechez de la investigación y de la reflexión!

El éxito del tratamiento psicoanalítico cuya legitimidad, también en su aplicación a las enfermedades orgánicas, me he visto forzado a aceptar habla en favor de que las fuerzas del ics determinan la vida enferma y la sana, el cuerpo y el alma. A diferencia de la mayoría de los discípulos de Freud yo no he llegado al psicoanálisis a través del tratamiento de las enfermedades nerviosas, sino que me he visto arrastrado al tratamiento psíquico y después al psicoanalítico debido a mi actividad terapéutica física con enfermos orgánicos crónicos. Los éxitos del “post hoc ergo propter hoc”¹⁹ me han enseñado que está tan justificado considerar al cuerpo como dependiente del alma y tratarlo en consecuencia, como lo contrario.

“Post hoc ergo propter hoc”, no me da ningún miedo aceptar este desacreditado silogismo como convincente -en ciertas circunstancias-; pues no veo cómo se podría llevar a cabo otra comprobación, o cómo sería humanamente posible llevarlo a cabo, si no es equiparando “post” y “propter”. No es esa equiparación lo que justifica el desprecio, sino tan sólo la equiparación apresurada. He esperado bastante tiempo antes de aplicarla públicamente a las relaciones del alma y el cuerpo, a la acción del Ello ics. Incluso cuando lo hice por primera vez, en un libro aparecido en 1912²⁰ sobre el hombre sano y enfermo, aun creí indicado tomar posición frente a los psicoanalistas. Siento haber escrito y publicado en esa ocasión frases que son falsas, y sólo lamento haber llegado a conocer tan tarde la teoría de Freud en sus escritos, siendo que la practicaba desde hacía tiempo inconscientemente, una teoría cuya validez sólo cuestiona quien no la conoce o no sabe usarla.

Es bastante conocido, incluso demasiado conocido como para prestarle atención, el hecho de que el hombre enrojece cuando se avergüenza, que palidece cuando se asusta, que derrama lágrimas en la tristeza, que en la pasión la respiración se hace jadeante o se para y el corazón late más rápido o se detiene, y que cuando tenemos miedo las asas intestinales se mueven más rápido y se tiene un sudor frío. ¿Así pues, por qué tendría que ser imposible que también la temperatura del organismo, así como su circulación o su crecimiento, estuviesen influidos por acciones psíquicas, que la fiebre pueda estar determinada psíquicamente? Por cierto que es posible, pues para el ics no existe la separación de alma y cuerpo; utiliza unas veces el cuerpo y otras el alma según se le antoje conveniente. Mi experiencia me ha dado pruebas más que suficientes, pruebas que me han convencido. A veces el Ello para provocar una fuerte fiebre ni siquiera se toma la molestia de utilizar un problema claramente local. La fiebre está súbitamente ahí, como un vértigo debido a la influencia de un complejo reprimido. Recuerdo un enfermo que tenía estos misteriosos ataques de fiebre. Había sido tratado infructuosamente por numerosos médicos, incluido yo, sin haber dado con el menor hallazgo utilizable para hacer el menor diagnóstico. Sólo después de varios años -entre tanto me había familiarizado con la técnica del análisis- descubrí casualmente una peculiaridad de esta fiebre. Al menos había un rasgo estable en su aparente irregularidad, las crisis aparecían sólo a veces, cuando el enfermo iba o volvía de visitar a su madre. Aún pasó mucho tiempo desde este hallazgo hasta la solución completa del complicado cuadro clínico, tras el cual el ics había ocultado la pasión, pero finalmente se logró la curación.

Fiebre histérica. Que yo sepa, nadie ha establecido el diagnóstico histeria. Pero las palabras están siempre a mano, y no puedo impedir que alguien utilice el término histeria. Sin embargo, para responder a esta objeción dispongo de otra historia clínica, que se caracteriza por que de alguna forma se podía provocar experimentalmente la fiebre al pronunciar ciertos nombres o palabras. Esta enfermedad también

19.- “Post hoc ergo propter hoc”, en latín significa “Después de esto luego a causa de esto”. Principio de causalidad temporal, la causa es anterior al efecto en el tiempo.

20.- Se trata de *Nasamecu*, y Groddeck comete un error, pues el libro apareció en 1913, no en 1912.

había estado bajo el control de numerosos médicos. Durante dos años nos esforzamos concienzudamente en encontrar alguna cosa, y tanto la tuberculosis como la sífilis fueron sopesadas. Desde luego no apareció ninguna reacción a la tuberculosis pero cuando menos el Wassermann²¹ fue positivo, y la herpes escamosa, las úlceras en el pene y las afecciones de garganta, apenas dejaban duda sobre el diagnóstico. Y no obstante, un médico tras otro tuvo que renunciar a la suposición inicial de una enfermedad sifilítica. El cuadro clínico en constante evolución no se ajustaba a ningún patrón y los síntomas no se interesaban lo más mínimo por ninguna terapia. Venían y desaparecían como se les antojaba. Finalmente también probé con el psicoanálisis y el intento tuvo un éxito más allá de toda esperanza tanto en lo tocante al resultado terapéutico como en el enriquecimiento de mi experiencia. Lo interesante en este caso era que también podía provocarse arbitrariamente los síntomas de la sífilis al remover partes aún no analizadas del sifilidóforo ics.

La enfermedad antes mencionada que tuve a los doce años suministró a mi ics otra arma fácil de manejar, el sueño. Desde esa época y hasta entrado en la treintena he dormido de doce a catorce horas al día. A cualquier hora del día y en cualquier situación era capaz de dormir, aparentemente sin soñar, o al menos sin conservar al despertar el recuerdo de ningún sueño. En mis años escolares, que pasé en un internado, me castigaron a menudo por esta somnolencia; finalmente como los castigos no servían para nada me llevaron al médico. El comprendió acertadamente mi gran necesidad de dormir y aconsejó que me dejase tranquilo. Así he evitado muchas cosas que de otra forma me habrían destruido anímicamente. Más tarde, como todo médico, a menudo me he encontrado con una necesidad de dormir parecida. La fatiga repentina y la facilidad para dormirse enseguida conducen indudablemente a desvanecimientos y a convulsiones, histéricas o de otro tipo.

En esta época aparecieron también otras dos particularidades, que se pueden entender como medios de defensa del Ello hipersensible: los estados de duermevela de simple vegetar y el don de olvidar detalles y periodos enteros de mi vida. En general se puede considerar como una ventaja este procedimiento del ics de volver inofensivas las impresiones desagradables; facilita la vida, concentra las fuerzas para tareas excepcionales y las ahorra para esos momentos. Pero sin embargo, en ciertas circunstancias se almacena demasiado material alrededor del complejo nuclear original, el Ello se hace cada vez más sensible, la necesidad de no pensar y de olvidar se apodera de amplios sectores de la vida, el terreno para la demencia senil o de otro tipo está preparado.

No es raro que el ics, deseoso de evitar impresiones problemáticas, recurra a obstaculizar tanto ralentizando como acelerando el trabajo de algunos sistemas del organismo, como por ejemplo la circulación, la respiración o la alimentación, en el sentido más amplio del término. De esto se derivan las consecuencias más diversas, desde grados mínimos de debilidad constitucional hasta las más graves caquexias²², locales o generalizadas.

En la época de esta enfermedad febril apareció también otro síntoma, cuya importancia ya he mencionado antes. Mi cara se desfiguró debido a una erupción impetiginosa²³ bastante extensa, a la que tras su curación siguió una alopecia en el área celsiforme. Me parece digno de atención que ese mismo verano tuviese la primera revelación consciente sobre las relaciones sexuales. Me vi completamente libre del acné juvenil. Por el contrario, son visibles desde siempre pequeños eczemas que aparecen a veces en el borde del cuero cabelludo, las cejas o los labios, y que desaparecen de nuevo tras un tiempo más o menos largo. He tenido que convencerme poco a poco de que se trata de esfuerzos defensivos del ics. Estas enfermedades cutáneas, apenas perceptibles por lo demás, sólo aparecen cuando la proximidad de un ser humano comienza a excitarme. Y siempre que he intentado hacer consciente el carácter preciso y el objeto de mi libido así como el complejo del ics que ahí se oculta, he logrado eliminar la erupción en veinticuatro

21.- El Wassermann es un análisis clínico que se utiliza en medicina para el diagnóstico de la sífilis, y que toma el nombre de su descubridor.

22.- Estado de extrema desnutrición producido por diversas enfermedades.

23.- Dermatitis inflamatoria e infecciosa por la aparición de vesículas aisladas o aglomeradas en cuyo interior se encuentra algo de pus.

horas. Sin embargo, ciertos fenómenos me han inducido a no practicar sobre mí sin necesidad similares experiencias terapéuticas, pues lo adecuado de las medidas inconscientes del Ello es demasiado evidente. Por el contrario, en mi práctica he experimentado con eczemas de las manos, psoriasis, furunculosis, etc, lo cual ha ampliado considerablemente mi comprensión de los modos de expresión y las acciones del Ello. El ics emplea con particular eficacia las deformaciones de la nariz, cuyas relaciones con la vida sexual son mucho más numerosas de lo que se supone²⁴. Quien haya comprobado en alguna ocasión cómo influye el psicoanálisis sobre narices enrojecidas o rinitis²⁵, lo que desde luego no se aprecia de un día para otro, difícilmente puede desoír la interpretación dada de que sea un intento de ser repulsivo.

Quizás el episodio más asombroso de mi actividad médica ha sido el tratamiento de un grave caso de esclerodermia, que desembocó en un éxito sorprendente. Durante mucho tiempo he acariciado la idea de utilizar esta historia clínica para describir la actividad ics en la vida orgánica, pero finalmente he recurrido a mi propia persona, porque así me siento menos cohibido por razones de discreción.

Cuando tenía diecisiete años se produjeron episodios que han sido decisivos para todo mi desarrollo posterior, y que están estrechamente relacionados con la historia de mi inflamación de garganta. En esa época enfermé de una forma larvada de escarlatina. Retrospectivamente, supongo que también en ese episodio fue activada la fuerza protectora del ics frente a complejos sexuales recién removidos y que necesitaban ser reprimidos. El curso de la enfermedad condujo a una grave inflamación diftérica de garganta con formación de abscesos y a una inflamación de riñones que se hizo crónica. Quizás se podría reflexionar sobre por qué el Ello ha elegido precisamente esta inflamación de riñones como policía de mi vida. Pero también en ese caso me veo reducido a suposiciones, sin poder presentar razones concluyentes. Sólo quiero apuntar que mis más tempranos recuerdos giran en torno al sonido de lluvia, canalones y fuentes, y que hasta la pubertad tuve propensión a la enuresis nocturna. Pero sea como fuere, los restos de la escarlatina-nefritis se reavivaron más tarde en relación con una neumonía -también relacionada con complejos sexuales- y desembocaron en una molesta hidropesía. Los edemas de la retina han debilitado mis ojos, y durante mucho tiempo también he tenido una propensión a las náuseas y los vómitos. Debido a la ceguera temporal y a la gran limitación de movimientos y de capacidad de trabajo, me vi obligado por entonces a sumirme en una vida interior. El camino más corto para ascender hacia el éxito exterior me fue vedado, un camino que, como veo ahora, con mi temperamento sólo habría conducido a la desdicha.

Pocas veces en mi vida he encontrado situaciones que me hayan demostrado tan claramente la utilidad de las fuerzas ics como esta enfermedad. Me han hecho falta unos diez años para superar, en la medida de lo posible, las consecuencias de esta intromisión en mi vida. No entraré aquí en detalles sobre lo que el Ello se propone y logra al apartar al hombre de sus plenas facultades, dejarlo suspendido durante largo tiempo sobre el abismo y darle por compañero el fantasma de la muerte y la enfermedad. En este sentido el problema de la educación mediante la enfermedad podría llevarnos muy lejos. Me he anticipado en la enumeración de mis problemas de salud al mencionar la hidropesía, así que voy a regresar a los sucesos pertenecientes a los primeros años de mi vida. Estos aclaran por qué el ics elige partes determinadas del cuerpo como puntos de ataque de su actividad patogénica, en otras palabras, cómo puede constituirse una *disposición local*. Ya en la fiebre de la escarlatina apareció la tendencia del ics a cerrar el acceso hacia el interior de mi persona. En la edad madura el Ello raras veces suele elegir la inflamación de garganta como medio de defensa, mientras que en la niñez y la pubertad las amígdalas están sirviendo constantemente como vigilantes guardianes del alma sensible. Por el contrario a mucha gente se le sigue irritando fácilmente la mucosa de las vías nasales durante toda su vida; el Ello encuentra cómodo utilizarla como puesto de control y por eso provoca catarros más o menos crónicos. A los veinte años mi ics recurrió a este medio, que también se suele dar en los niños, y ya no dejó de utilizarlo.

Por entonces serví un año como voluntario. Por razones que ignoro, mi ser no se adaptó a las órdenes y

24.- Ver los estudios de Fließ de 1897.

25.- Inflamación de la mucosa de las fosas nasales.

la obediencia muda, de manera que aún hoy recuerdo este periodo de mi vida militar como extremadamente duro. Sólo se hacía soportable por la expectoración de las impresiones intolerables, una forma de defensa que mi Ello jamás ha abandonado y que está ampliamente difundida en los seres humanos. En casi todas las personas con las que se trata un cierto tiempo, se puede apreciar de vez en cuando una tos que puede ir desde un carraspeo apenas perceptible hasta graves ataques, parecidos a los ataques de disnea²⁶. Es bien conocido que muchas personas empiezan el día tosiendo. De esa forma eliminan las impresiones del sueño y disipan las pequeñas o grandes fantasías angustiosas y las dificultades del día que empieza, ligadas a aquellas impresiones. El Ello coge y envuelve en mocos lo que a pesar de todo se infiltra y le parece nocivo, lo expulsa y además lo escupe. En este proceso es digno de mención que el ics no diferencie entre los intrusos físicos y los psíquicos, y que los trate igual. Prestando un poco de atención, al trato cotidiano nos convenceremos fácilmente de que una sola palabra que logre excitar un complejo psíquico nocivo provoca la misma tos que una inhalación de cloro. La sorpresa ante tal proceder no está justificada. Todo niño sabe que una impresión visual repugnante provoca el vómito igual que una intoxicación material. Y si el aspecto o el olor de manjares apetitosos, si el simple ruido de los platos hace que las glándulas salivares y estomacales secreten, entonces es comprensible que la mucosa de las vías respiratorias pueda hacer lo mismo.

En mi caso el ics ha incrementado considerablemente la aptitud de la entrada de la laringe como puesto de vigilancia de las impresiones psíquicas, ya que las vías nasales son capaces de hincharse ante ciertas representaciones. Pero ni siquiera esto parece haberle bastado al ics, por el contrario en estos últimos años ha utilizado la secreción mucosa nasal para estos objetivos fácilmente reconocibles, de manera que salta a la vista el paralelo con lo anterior. En mi práctica me he encontrado de vez en cuando con gente que reaccionaba de forma aún más acusada al mal olor de una palabra o un pensamiento. En estas personas aparece casi instantáneamente un catarro que ha menudo ya ha desaparecido media hora después. De aquí se sigue sin más que yo suponga una determinación psíquica de la rinitis y la trate de acuerdo con esto -no sin éxito-. También me veo obligado a concluir que el ics puede crear la disposición a las enfermedades bronquiales y pulmonares de todo tipo.

No podemos pretender penetrar en las razones y los objetivos de la vida ics. Debemos ser conscientes de que toda observación es parcial y haremos bien limitándonos a veces a sabiendas a un solo aspecto, como he hecho al hablar de la finalidad de las acciones del Ello. Sin embargo quisiera recalcar a este respecto que sé muy bien cómo esa rigidez sesga la perspectiva de las cosas. A pesar de esto, ruego sea aceptada la idea de que el Ello considera la garganta como la entrada al interior. Por equivocada y tosca que pueda ser esta idea es fructífera y útil en la práctica.

A través del siguiente síntoma orgánico se puede apreciar cuan complicadas son las medidas ics cuando disponen localmente de un lugar cualquiera y lo designan como guardián del bien máspreciado del hombre. Alrededor de 1904 el Ello se construyó una nueva barrera en mi garganta bajo la forma de un bocio, que inicialmente no afectó más que la mitad izquierda, la mitad pecadora de la glándula tiroides, y más tarde arrastró a la enfermedad también a la derecha, su parte afín. En ambos lados el núcleo del tumor estaba formado por excrecencias fibrosas, alrededor de las cuales se amontonaban tejidos blandos. Paulatinamente tanto los núcleos como las nuevas formaciones de tejido blando fueron creciendo, y se les agregaron inflamaciones tanto de los tractos del cuello como de la cara. En pocos años el perímetro del cuello pasó de 39 a 45 cm. Las consecuencias de la dificultad respiratoria y la restricción de la actividad y el movimiento muestran cuál es el sentido de la enfermedad, en caso de considerar el fenómeno bajo el ángulo de su finalidad. Otras conexiones son más ocultas, pero se aclaran si recordamos las estrechas relaciones entre la glándula tiroides y la función sexual. Sobre todo teniendo en cuenta el crecimiento casi regular de la glándula tiroides durante el periodo de desarrollo de las chicas. En sus trabajos sobre las teorías sexuales infantiles, Freud²⁷ ha puesto de relieve que en un momento determinado todos creemos en el embarazo intestinal, es decir la fecundación por ingestión del embrión. Esta idea desaparece luego de la conciencia, pero al parecer permanece en el

26.- Dificultad para respirar.

27.- Freud, 1905b.

ics. En la pubertad, el problema de la procreación y la gestación se reaviva intensamente, no sólo para la razón consciente sino también para el ics, cuyos complejos reprimidos se enlazan al curso consciente del pensamiento y a todo tipo de fantasías de fecundaciones espirituales y divinas y de nacimientos ilegítimos. El crecimiento de la tiroides coincide temporal y creo que también causalmente con estos curiosos procesos hasta ahora inexplorados. Se pueden comprobar, por una parte el deseo fantasioso de tener un niño por la garganta, y por otra las medidas adecuadas del Ello para prevenir la fecundación por la boca. Esta doble naturaleza de todos los procesos sólo asombrará a quien no se haya ocupado a fondo del psicoanálisis. Quien lo conozca sabe que el Ello desempeña no sólo dos sino un número incalculable de funciones a la vez. En la formación del bocio del adulto también intervienen procesos análogos, y se deduce que en mi caso han sido muy intensos por el resultado de mi autoanálisis, en el curso del cual el bocio, salvo algunos restos mínimos, desapareció y también los núcleos fibrosos.

La idea de que el varón no tenga representaciones ni deseos de embarazo no se sostiene. Independientemente de que todo ser humano es, y debe ser, hombre y mujer, lo cual no hay que olvidar cuando se estudia la cuestión de las fantasías ics y conscientes de autosatisfacción y autofecundación, independientemente de esto, las teorías de la fecundación por la boca datan de una edad en la que el niño aún no sabe de la imposibilidad de un embarazo masculino. A través de estas ideas infantiles sobre el modo de la concepción, la inflamación de garganta, sobre todo en niños pequeños, se explica como un componente particular del complejo de envenenamiento. Los complejos de envenenamiento y embarazo tienen un parentesco que reaparece una y otra vez.

El examen de la disposición local es una fuente de placer para el psicoanalista, al menos mientras encuentre su principal alegría en las sorpresas y los resultados repentinos. A menudo el malestar local subjetivo se elimina o se corrige sensiblemente al plantear la cuestión del objetivo que pueda tener el síntoma. El ics responde con una precisión asombrosa por ejemplo que la ronquera está ahí para conseguir que se cuente en susurros un secreto o el dolor en el brazo para prevenir la inclinación a la violencia o al robo, el mal aliento para mantener alejados a los pretendientes, la frialdad de las manos para ocultar sentimientos ardientes, el rubor para ocultar el rostro tras un velo, etc. Muchas de las curaciones inmediatas que atribuimos a la sugestión, a la influencia personal del médico, en realidad deben reducirse al repentino reconocimiento del Ello de que el hombre ya no necesita tal o cual protección.

La observación de las fuerzas del organismo que disponen a la enfermedad me ha metido de lleno en el problema del ics. ¿Y está resuelto? No. Ni siquiera se ha comprendido, sólo se ha esbozado. Mis comentarios no generan ninguna afirmación útil sobre lo que propiamente es el ics. Decir que en nosotros un Ello, que un dios rige cuerpo y alma, significa tan poco como por ejemplo la idea de que la vida corporal y la espiritual no son más que formas exteriores cambiantes, manifestaciones de un Ello. Asimismo la expresión de que la interrelación entre alma y cuerpo constituye la vida sólo describe el problema, no lo resuelve. A fin de cuentas ahí también se llega a la conclusión de que todo saber es una obra imperfecta, que la X de la vida no se puede analizar, que sobre las palabras cuerpo y alma únicamente puede decirse que son sólo palabras, que no abarcan el concepto.

Y así llegaría hasta a afirmar que no existe una determinación psíquica de las enfermedades corporales. El ics no es psíquico ni físico. Personalmente dudo que jamás se pueda plantear correctamente la cuestión, por no hablar ya de encontrar una respuesta. Pues esto significaría que con nuestra reflexión consciente podríamos comprender y enjuiciar el inconsciente, al que el consciente está subordinado tanto total como parcialmente.

Pero que la cuestión no reciba respuesta, y que ni siquiera se pueda plantear, apenas tiene importancia para nosotros los médicos. Nuestro oficio tiene que ver con la eficacia práctica. No se trata de que expliquemos cómo ayudar al enfermo, sino de ayudarlo. Nuestra tarea no es tanto concebir teorías correctas como encontrar hipótesis de trabajo que sean eficaces en el tratamiento. Con la ayuda de hipótesis de trabajo que se han revelado falsas se han hecho asombrosos descubrimientos en todos los dominios, en la química, la física, y sobre todo en la medicina. Hasta ahora la medicina práctica no posee en absoluto teorías exactas, pero su historia demuestra que es más eficaz quien indiferente al anatema de la lógica tiene el coraje de ser

unilateral, de prestar oído a una de las muchas voces por las que habla el Ello.

Así la cuestión no es si podemos asegurar que la enfermedad ha sido causada por tal o cual sucesión de ideas del ics, sino si podemos afirmar que tras el descubrimiento de tales o cuales conexiones desaparece la enfermedad; en otras palabras, si hay perspectivas de que se pueda influir positivamente sobre las enfermedades orgánicas con la ayuda del psicoanálisis.

Nadie ha puesto aún en duda que podemos influir sobre el Ello tanto en sus funciones espirituales como en sus funciones corporales mediante intervenciones materiales, químicas, físicas o quirúrgicas. La idea de que a la inversa se pueda modificar el cuerpo del hombre, la materia del Ello -por utilizar esta expresión-, mediante intervenciones psíquicas, conducirlo de la enfermedad a la salud o viceversa, suena rara pero se conoce desde hace mucho tiempo y mientras el mundo exista se pondrá en práctica a cada momento sin interrupción. Ambos procedimientos desembocan finalmente en lo mismo, se aplican a lo mismo, al ics del hombre. La amputación de un miembro no es un proceso curativo, lo es la reacción del ics a esta amputación, su esfuerzo y su poder para hacer de nuevo aptos para la vida el muñón herido y el organismo enfermo por el sufrimiento y la operación. Quien reconozca que no es la operación lo que cura la pierna y también al hombre -una constatación que parece fácil pero que en realidad es muy difícil-, que nuestras medidas médicas jamás acarrearán una curación directa sino que los que la han hecho posible son siempre factores curativos que nos son totalmente desconocidos, que el propósito del tratamiento no consiste en curar mediante nuestro arte como por arte de magia sino en liberar las fuerzas ics, éste habrá reconocido también que a veces puede ser indicado estimular estos factores curativos del Ello mediante el psicoanálisis.

No podemos representar el proceso de curación un poco como una reconstrucción del organismo. El organismo personal tiene en su ics todas las fuerzas productivas y por lo general también todo el material para emprender esta reconstrucción. Si no realiza espontáneamente esta reconstrucción, lo que suele hacer con mayor o menor fortuna, es que hay algún obstáculo que paraliza las fuerzas ics. Quizás haya una pared que hay que derribar, o se hayan amontonado escombros que desalojar; de vez en cuando también falta material de construcción; entonces se precisa una operación quirúrgica, un tratamiento químico o físico. Quizás los obreros del Ello simplemente son demasiado perezosos, han vivido demasiado tiempo en unas condiciones que se les han hecho familiares y en las que se sienten cómodos, o subestimando sus capacidades no se atreven a ponerse a trabajar. Entonces reclaman sus derechos la sugestión, la persuasión, las órdenes. Pero también podría ser que pese sobre el Ello una prohibición ajena, una prohibición de antiguos dueños o de inquilinos actuales que tienen su contrato, podría ser que de alguna manera el Ello crea estar comprometido por alguna promesa o que sus capacidades naturales hayan producido una técnica equivocada debido a la educación recibida. En ese caso lo mejor es recuperar de las profundidades del pasado antiguo o reciente esta supuesta prohibición, esta técnica equivocada, y presentársela al Ello humano para que pueda tomar una nueva decisión. Este es el procedimiento del psicoanálisis, un procedimiento que tiene la ventaja de reconocer a quien debe encargarse de la reconstrucción, es decir al Ello, como el factor determinante y tratar con él como con un experto.

Algunas veces todos estos caminos son viables, otras sólo uno, otras hay que cambiar los caminos; pero no recorrer uno, el del psicoanálisis, sólo porque durante mucho tiempo ha sido olvidado y aún no está de moda, o seguirlo sólo en el caso de la neurosis porque el cuerpo al parecer sólo puede tratarse corporalmente -afirmación cuya falsedad todo médico reconoce a diario en su práctica aun sin quererlo-, es un proceder abandonable desde que Freud ha mostrado el camino.

En la comparación con una reconstrucción he hablado de la prohibición que puede pesar sobre las fuerzas ics. Aunque expresado de forma diferente esto coincide con el concepto de represión, que tan gran papel juega en el psicoanálisis. Quien se ocupa del psicoanálisis y de la eliminación de represiones parecidas, antes o después descubre sorprendido que durante el análisis y con una regularidad no casual aparecen y desaparecen fenómenos que aparentemente no tienen nada que ver con los complejos analizados. Pueden observarse alteraciones psíquicas y físicas en objetos formados mucho antes del umbral de la memoria del individuo, es decir antes del cuarto año de vida. Por eso nos hemos visto obligados a suponer represiones que no se pueden llevar a la conciencia del paciente. Finalmente incluso ha habido que remontarse a la

importancia de episodios situados antes del nacimiento, y se ha hecho con éxito. Ciertamente en esto andamos a tientas, y si la influencia benéfica de un análisis dependiese de que fuese completo mal estaríamos. Jamás se ha llegado y jamás se llegará a completar ni un solo análisis. En realidad las cosas discurren de otra forma. El tratamiento no necesita ir tan lejos, y tampoco puede, como para que al Yo se le hagan conscientes todos los complejos del pasado. Lo necesario es que se suscite la actividad del Ello.

Tampoco en esto se puede hablar más que comparativamente. El Ello tiene fuerzas fermentadoras que en ciertas circunstancias están latentes. Liberadas mediante una intervención cualquiera -física o psíquica- comienzan a trabajar por sí solas y según el tipo y la fuerza del fermento que se libere se infiltran en una u otra parte del ics consiguiendo que se active. Pero el ics es atemporal, vive y hace vivir ya en el embrión. Las mismas fuerzas que tiene a los veinte años están en vigor ya desde el principio. Las fuerzas fermentadoras pueden haber sido neutralizadas en el más temprano germen vital y haberse liberado posteriormente. Que se liberen sólo depende en una pequeña parte de nuestro tratamiento, la decisión real de curarse o seguir enfermo no la tomamos nosotros los médicos, sino que está exclusivamente en manos del Ello, del ics. Pero no dudo que el Ello puede influir en capas profundas de su ser, que no son en absoluto accesibles a la conciencia humana, mediante las acciones fermentadoras de las capas superiores.

Cuento con que mi informe produzca asombro incluso a los psicoanalistas -no a todos-, por no hablar de los médicos que no están al corriente de la teoría de Freud, como me pasaba a mí antes. Me he esforzado en ser unilateral y por eso hasta cierto punto sé qué errores se han deslizado en la exposición. Lo único que me interesa aquí es manifestar tan claramente como sea posible que limitar el tratamiento psicoanalítico al dominio de la neurosis no concuerda con los conocimientos sobre los efectos del análisis. Tal límite es demasiado estrecho.

El *psicoanálisis* no debe detenerse y no se detendrá ante las *afecciones orgánicas*. Con el tiempo veremos hasta dónde llega su poder.

Publicado en: “Sobre ello. El sentido de la enfermedad” de Georg Groddeck, traducción de Angel Cagigas, Editorial Iralka, Bilbao, España, 1996, pp. 15-38.

Volver a Bibliografía Georg Groddeck

Volver a Newsletter 27-ex-53